

EL CICLO DE LA MUNDIALIZACIÓN

Kostas Vergopoulos

RESUMEN

Contrariamente a lo que sostienen muchos otros analistas, en este trabajo el autor considera que la globalización, llamada por él “mundialización”, se está adentrando en una difícil situación que puede ser calificada como de un espectacular fracaso. La desaceleración profunda de la economía mundial y los fenómenos recesivos observados en las distintas potencias económicas mundiales probablemente auguren lo que ya algunos especialistas avizoran como “el fin de la mundialización”. En efecto, hoy ya no existen más “dragones asiáticos”, ni el *boom* estadounidense, ni mercados emergentes. Hoy asistimos a una crisis aguda del endeudamiento y de las inversiones de capitales a escala planetaria que llena de incertidumbre al mercado mundial.

ABSTRACT

Contrary to what many analysts maintain, the author of this essay argues that globalization, which he calls “worldization”, is entering a difficult situation that can be qualified as a spectacular failure. The profound deceleration of the world economy and the recessionary phenomena observed among the distinct world powers probably auger what some specialists refer to as «the end of worldization». Today there are in effect no more «Asian dragons», nor a boom in the United States nor emerging markets. Today we confront a sharp debt crisis and the investment of capital throughout the planet fills the world market with uncertainty.

La desaceleración profunda de la economía mundial se confirma a lo largo del año 2001: al final de un espectacular ciclo de crecimiento de ocho años, Estados Unidos se encuentra, no menos espectacularmente, al borde de la recesión; Japón se halla desde hace varios años en una situación

de crecimiento negativo; Europa enfrenta un crecimiento declinante, y el desempleo sufre un nuevo impulso a nivel mundial. No hay una sola parte en el mundo que pueda, como una “locomotora”, impulsar a los demás hacia una nueva dinámica de crecimiento. Según las últimas estimaciones del FMI, el crecimiento de la economía mundial debería perder 2.2 puntos suplementarios a lo largo del año 2002.

La contracción casi simultánea de los ritmos de crecimiento transforma de manera automática gran parte de las deudas mundiales ya acordadas en evidentemente “dudosas” y “no eficaces”: será necesario hacerse a la idea de dificultades crecientes en el ámbito de los pagos de las deudas, tanto internacionales como internas. Se sabe ya pertinentemente que la regularidad en los pagos supone un nivel mínimo de crecimiento del PIB y de los ingresos, por debajo del cual las dificultades comienzan y las economías se instalan en una zona de turbulencias. Según las evaluaciones del FMI este nivel de regularidad en relación con las deudas ya contraídas a escala mundial, sería en todo caso superior a 3% del crecimiento mundial. Ahora bien, en este momento preciso, noviembre de 2001, las estimaciones oficiales prevén una tasa de crecimiento mundial más cercana del 2% que del 3%.

El único foco de crecimiento relativamente fuerte y de estabilidad monetaria en el mundo es en este momento China, cuyo régimen económico, aunque híbrido y difícil de calificar, se encuentra indiscutiblemente lejos de las normas de la mundialización liberal. Ya Marx encontraba divertido que en la Edad Media, el Concilio de Obispos Alemanes suplicara al “demonio en persona” que rescatara a la Iglesia del Buen Dios del peligro de su propia deliquescencia.

Ocurre que hoy, parafraseando a Marx, el fracaso de la mundialización liberal es tal, que su “Concilio de Obispos”, incluidos los Estados Unidos y los organismos internacionales, suplican igualmente por unanimidad a un país por excelencia no liberal como China, que salve el orden liberal de esta *impasse* nueva y sin duda peligrosa para todos.

El sistema económico mundial se encuentra actualmente, en efecto, frente a una *impasse*, cuyos primeros signos han comenzado a manifestarse con la crisis mexicana de 1995, el derrumbe de las economías asiáticas en 1998, las crisis rusa, brasileña y argentina (en 1999), y las dificultades

crecientes de Japón. Hoy, la dinámica de la crisis mundial alcanza a los países del centro –Estados Unidos y Europa– y toda discusión sobre la duración probable de la recesión actual y sobre sus consecuencias restructuradoras sería especulativa, con el riesgo incluso de aparecer como escolástico y metafísico.

Algunos, tras haber negado durante mucho tiempo la posibilidad de crisis económicas a lo largo de la reciente fase del capitalismo, hoy se apresuran, pese a todo, a afirmar su carácter cíclico, con la finalidad de excluir por principio una interpretación más fundamental. Sin embargo, toda crisis económica, hasta la más dramática, se inscribe necesariamente en la lógica del ciclo económico, incluso si más adelante ella adoptara, eventualmente, dimensiones más importantes. Hoy, antes que explayarse sobre su naturaleza, su duración y sus consecuencias, lo que importa, al menos, es admitir la realidad de la crisis actual, analizar sus causas y su dinámica, tal como ella emerge de la disponibilidad –subjetiva y objetiva– de los agentes económicos y sociales.

El teorema contemporáneo de la mundialización subraya el aspecto de la interdependencia entre las economías nacionales dentro del gran contexto mundial.¹ Algunos quedan extasiados frente al hecho que si Nueva York estornuda, Europa y el mundo caen también enfermos. Pero esto no implica nada nuevo ni en la teoría ni en la historia económica. En un verdadero sistema mundial, lo inverso hubiese sido más interesante: si un pequeño país se resfriara, Nueva York debería sufrir las consecuencias. Ciertamente no hemos llegado aún a esa situación en el marco de la mundialización actual. Sin embargo, debería manifestarse un poco más de mesura, de conocimiento de la historia económica y de rigor intelectual.

La interdependencia entre las economías nacionales no constituye una novedad ni histórica ni teórica, ya que este fenómeno fue revelado por los historiadores de la economía al menos desde el siglo XVI. Las evoluciones del centro del sistema mundial han sido siempre determinantes en las fluctuaciones de la economía mundial e inversamente. La llegada de metales preciosos a Lisboa introdujo la inflación en el resto del viejo continente. La crisis de perspectivas sobre el tulipán holandés provocó la caída de las Bolsas internacionales en el siglo XVII. La caída de las acciones de

los ferrocarriles americanos ocasionó turbulencias mundiales a mediados del siglo XIX. En 1890, el fracaso de la firma británica Baring que operaba en Argentina, provocó caídas de valores bursátiles en la ciudad de Londres con repercusiones graves a escala mundial. Al *krach* de 1929 contribuyeron factores procedentes de todas partes: la reevaluación de la libra británica, las políticas monetarias del Banco de Francia, la competencia entre la libra y el dólar a nivel de las tasas de interés, y la insuficiencia consecutiva de liquidez internacional.

¿Quién afirmaría hoy que las crisis precedentes en la historia económica no han sido suficientemente internacionales, derivadas de la interdependencia y de la interpenetración de las economías, las monedas, las tecnologías de cada época, y que estas crisis no resultan siempre de una causa local que produce efectos de avalancha a escala mundial?

Hay que estar verdaderamente mal informado para imaginarse la interdependencia mundial como algo nuevo, a pesar de que este fenómeno ha sido señalado desde hace varios siglos en la historia económica. Asimismo, mientras hoy las tempestades se multiplican y se aproximan, estos "observadores" no ven ningún signo de preocupación. Así, se subestima la importancia mundial del derrumbe asiático, la crisis rusa es ignorada y las dificultades de México, Brasil y Argentina son tomadas a la ligera. Ahora que el proceso mundial toca a Estados Unidos volvemos a la explicación a partir del ciclo económico. Sin embargo, no hay peor pesadilla que la que inspira el espectáculo actual de la economía mundial.

La teoría de la mundialización y de la liberalización del comercio internacional promete ventajas para todas las partes contractuales. Sin embargo, como lo señala el economista Dany Rodrik de la Universidad de Harvard, "no es cierto que todo el mundo gane en el comercio mundial. Los economistas saben bien que en el comercio libre hay siempre ganadores y perdedores".² Se constata hoy que los progresos recientes de la unificación de los mercados y las desreglamentaciones llevan irresistiblemente a la pérdida de dinamismo tanto de las economías nacionales como del sistema mundial, con excepción de algunos focos privilegiados que, sin embargo, siguen al resto del mundo en esa pendiente declinante, aunque sea con retraso.

La teoría del desarrollo a través de la mundialización encuentra hoy los mismos atolladeros que la vieja teoría liberal del desarrollo mediante el comercio internacional. Como los beneficios para todos los participantes no son evidentes, la teoría termina por buscar ansiosamente los focos, los polos y las locomotoras del dinamismo. Pero, una vez más, el dinamismo mundial no se restablece, sino que la pérdida de dinamismo se instala en definitiva en el mundo, incluso en los polos pretendidamente dinámicos. Cuando al principio de los años ochenta del siglo XX el ahorro occidental se contrajo, se buscaron yacimientos de ahorro en Extremo Oriente. Cuando las economías occidentales se desaceleraron fuertemente a lo largo de la misma década, se lanzó la noción de locomotora internacional. La locomotora se localizó en Estados Unidos, pero no consiguió arrastrar los vagones. Se ha sostenido que el Extremo Oriente generaría el ahorro al servicio de la economía mundial, mientras que Estados Unidos valorizaba ese ahorro a través de su endeudamiento y de sus elevadas tasas de crecimiento.

Pero el motor americano/asiático no ha difundido una dinámica de crecimiento fuera de su propio espacio y en la actualidad se encuentra frustrado en esos dos polos, tanto asiático como americano. El dinamismo americano/asiático, en lugar de empujar la economía mundial hacia resultados superiores, sucumbe hoy a los desequilibrios, asimetrías e inercias de la economía mundial realmente existente. Acabamos de tener la demostración de que los milagros asiáticos y americano no disponían ni de la envergadura mundial ni de la capacidad de difusión de su dinámica como se les había atribuido, sino que se apoyaban sobre condiciones excepcionales que implicaban relaciones con el resto del mundo por definición antagónicas.

Con el virage monetarista de principios de los años ochenta, únicamente Estados Unidos se aprovechó de las liquideces internacionales para financiarse. Al mismo tiempo, sólo las economías asiáticas se han mostrado competitivas en un contexto internacional cada vez más restrictivo. Los resultados de los dos polos –americano y asiático– no eran ni exportables ni se podían difundir. Hoy no existen más dragones asiáticos ni milagro japonés, ni especulación bursátil y financiera, ni tampoco nueva economía y *boom* americano, ni menos aún mercados emergentes, y tam-

poco una política europea creíble en materia económica y monetaria. Hoy, una crisis aguda en las inversiones de capitales a escala internacional hace difícil toda previsión concerniente a las perspectivas del mercado mundial.

Larry Summers, presidente de la Universidad de Harvard, antiguo ministro de Finanzas del presidente Clinton, admite que los beneficios de Estados Unidos debidos a la mundialización no han sido difundidos al resto del mundo, pero también admite que las distorsiones mundiales persistentes han terminado por agotar la dinámica de la economía estadounidense. Es necesario añadir que los beneficios obtenidos por ESTADOS UNIDOS gracias a la mundialización han sido a costa de distorsiones y de desequilibrios mundiales crecientes.³ Al disfuncionamiento actual del sistema mundial concurren todas las regiones del mundo, de manera que la prioridad de toda política continúa siendo el saneamiento individual de cada país, a costa del sistema mundial en su conjunto. En el modelo de la economía nacional equilibrada, los movimientos de capitales, de mercancías, de personas, pierden importancia y son incluso contraindicados, para no poner en peligro los equilibrios nacionales difícilmente obtenidos.

Por consiguiente, cada región del mundo aparece hoy como víctima de sus propios éxitos. Asia del Sud-Este ha privatizado amplios sectores de su economía, pero sucumbe al sobreendeudamiento de sus sectores privados. Japón, para corregir sus excedentes exteriores, debería obligatoriamente reciclarlos dentro de su mercado interior, acelerando fuertemente sus ritmos de crecimiento y desarrollando así su demanda doméstica. Sin embargo, en vez de ajustarse de esa forma, Japón fue obligado durante mucho tiempo a exportar sus excedentes comerciales a los Estados Unidos para financiar los crecientes déficit norteamericanos. Japón, en consecuencia, fue condenado a impedir toda corrección espontánea de su economía proveniente de los mercados. La ausencia de alza de precios correctivos, luego del debilitamiento necesario del yen y el desarrollo de su mercado interior, están en el origen de la profunda crisis estructural que enfrenta en la actualidad ese país. Guardando todas las proporciones, la actual “enfermedad japonesa” recuerda en buena medida la “enfermedad holandesa”, que fue tan discutida en el pasado: una moneda estructuralmente revaluada condena la economía al subfuncionamiento. ¿Cómo no

ver en esta “enfermedad” un *impasse* del modelo de inserción en la economía mundial actual, e incluso de la mundialización?

Hoy en Japón, la reactivación de la actividad económica supone un alza de la demanda interna y de los precios con una baja del yen. Sin embargo, las necesidades de Estados Unidos impiden la corrección japonesa. Este país, que fue en otra época modelo de éxito dentro de la nueva economía mundial a causa de sus particularidades se encuentra en una impresionante y profunda incapacidad de ajuste. En lugar de beneficiar de la economía mundial, termina por ser su víctima: con 13% del producto mundial, hoy sólo capta 1.4% de las inversiones directas internacionales en el mundo. El déficit público de la segunda economía mundial supera el 7% de su PIB, sin eficacia ni perspectivas de mejora, mientras que la deuda pública alcanza 125% del PIB. A pesar de la política de tasas de interés cero, la actividad económica no repunta y todos los índices permiten suponer una situación típica de “trampa de liquidez” prevista por M. Keynes: hoy el Banco Central lleva a cabo varias bajas sustanciales y sucesivas de sus tasas de interés e introduce liquidez abundante, pero la economía no arranca.

Para repartir y salir de los pantanos actuales, le hace falta compromisos más fuertes y de otro tipo. Después de haber servido lealmente a los Estados Unidos durante 55 años hasta la incapacidad actual de ajuste (provocada por la presión estadounidense) Japón es denunciado por la superpotencia norteamericana y por el FMI como un país cuyos dirigentes son “corrompidos, incapaces e inapropiados”. Sin embargo, la caída japonesa actual procede directamente de la “anomalía” americana y los dos lados de la pareja revelan abiertamente el carácter problemático, tanto del crecimiento anterior como de la mundialización actual. Modelo de éxito en un pasado, en el seno de una situación internacional enferma, Japón se presenta hoy, en el contexto de la desaceleración económica mundial, también como modelo, pero del *impasse* y de la descomposición para el conjunto del sistema mundial actual. El fracaso de Japón anuncia el *impasse* de la “japonización” de los Estados Unidos y del sistema mundial: la política de la moneda fuerte para privilegiar la mundialización financiera provoca graves problemas en los niveles de la economía real, en la utilización de las capacidades productivas y en el empleo.⁴

Después de la Guerra de Vietnam, Estados Unidos y el mundo con este país han enfrentado las turbulencias de su repliegue militar, de su derrotismo ideológico y de su declinación económica. Sin embargo, a partir de los años ochenta, un nuevo impulso fue dado para todos los países con el “descubrimiento” de que todo deterioro “era culpa del Estado”, de las reglamentaciones excesivas, del costo elevado del trabajo y de las políticas sociales. Se “descubrió” que el mecanismo de transmisión de todo fenómeno de deterioro económico residía en la gestión “generosa” de la moneda frente a las demandas de los grupos sociales. La inestabilidad monetaria mundial, el desorden y la inflación –herencias directas del abandono del patrón oro por el presidente Nixon (1971)– fueron imputados al laxismo de la política monetaria que siguió al abandono de los acuerdos de Bretton-Woods.

La reconstrucción del sistema mundial comenzó a principios de los años ochenta, dando la prioridad a la “rehabilitación” del vector monetario por la restricción de la política monetaria. La revaluación de la moneda estuvo seguida de controles cuantitativos de la masa monetaria. Sin embargo, la restricción monetaria desigual entre los países, en lugar de restablecer la unidad del sistema mundial, añadió una nueva causa de inestabilidad internacional. En el pasado, la responsabilidad de la estabilidad en los pagos internacionales correspondía al FMI y, en definitiva a las disponibilidades monetarias americanas, como “prestador en última instancia”. Así, a partir de 1980, la gestión de la estabilidad monetaria mundial se desplazó hacia los gobiernos nacionales individuales, con desiguales voluntades, capacidades y eficacia.

La función de salvaguardia y de estabilización de las monedas y de las economías nacionales fue progresivamente abandonada por el FMI y por Estados Unidos, dejando espacio a las intervenciones muy selectivas y fundadas, ya no sobre los recursos propios del FMI, sino sobre demandas *ad hoc* a contribuciones voluntarias. Estados Unidos practica la obstrucción fuerte tanto en lo que concierne a los “derechos de tiraje especiales” que habrían podido aumentar la liquidez internacional al servicio de la economía mundial, como en relación a toda proposición de crecimiento de recursos propios del FMI, fundado sobre el aumento de las contribuciones nacionales.

Tanto Estados Unidos como Europa, en lugar de estabilizar el sistema

mundial a través de sus inversiones en el mundo, funcionan cada vez más como factores de inestabilidad mundial, dado que extraen del sistema mundial más liquidez de la que ellos aportan. El polo occidental desarrollado –América del Norte y Unión Europea– produce el 10% de la población mundial y el 39% del PIB del planeta. Sin embargo, en la actualidad este polo se apropia de cerca del 75% de las inversiones directas internacionales,⁵ mientras hace diez años lo hacía de 48% de las mismas. Los países industrializados en su conjunto se apropian hoy de más de 90% de la inversiones directas internacionales. A lo largo de la última década, la mundialización ha reducido fuertemente la parte del ahorro mundial que se pone a disposición de los países situados fuera del polo occidental. Los países en desarrollo, que suponen un 86% de la población mundial, asegurando el 22% de la producción y 33% del comercio del mundo, no captaban más que 9% de los flujos de capitales de los mercados internacionales en 1994 y sólo 5% en la actualidad.⁶

Una conclusión análoga resulta del examen de la balanza exterior de las utilidades de las inversiones: tanto en Estados Unidos como en Europa, esta balanza fuertemente positiva hasta hace diez años, no cesa hoy de degradarse y transformarse en muy negativa. Se concluye de ello “con tristeza”, según el *Wall Street Journal*, que se produce una contracción permanente de las inversiones americanas y europeas en el mundo, así como un alza de las inversiones extranjeras en América y en Europa. Ahora bien, las inversiones del polo occidental en el mundo ejercen efectos económicos y monetarios estabilizadores, mientras que las inversiones del resto del mundo hacia el polo occidental implican efectos intrínsecamente desestabilizadores para todos, tanto para la periferia que sufrió el desangramiento financiero, como para el centro que sintió inevitablemente las consecuencias. El mundo necesita una perspectiva más global que la de quienes hablan hoy de mundialización, de una visión a más largo plazo que la de aquellos que se aferran a la obsesión de las desreglamentaciones y de la ganancia de corto plazo.

Sectores cada vez mayores de la economía mundial, atrapados en la actualidad por una crisis de liquidez permanente, giran en el vacío, al borde de la bancarrota y esto lleva a rotaciones aceleradas de la moneda tanto a nivel internacional como nacional. El sistema mundial, apoyado

hasta 1980 en financiamientos internacionales, entra a partir de esa fecha en el régimen de una economía de endeudamiento. Este giro implica el ensanchamiento estructural del costo del financiamiento, que es, en definitiva, repartido entre la contracción estructural de ingresos y el alza de los precios a niveles muy superiores. Desde entonces, la explosión consecutiva de las deudas a escala mundial constituye el verdadero barómetro de la economía mundial y los atolladeros actuales de la mundialización.

Según estimaciones de Angus Maddison,⁷ la deuda externa de los países de África, Asia, América Latina, Europa Oriental y de la ex URSS, ha pasado de 608 mil millones de dólares en 1980 a 2 545 mil millones en 1998. Mientras que el PIB de los países en desarrollo continúa por una pendiente declinante de 2% a 3% a lo largo de las dos últimas décadas, su deuda externa observa ritmos de crecimiento superiores a 12% anual. En algunos países en desarrollo, la deuda representa hoy montos superiores al PIB: en Brasil, Argentina, Indonesia, Rusia, Tailandia.

Sin embargo, dentro de nuestra economía mundial de endeudamiento, dicha deuda crece irresistiblemente para todos, incluso para los más poderosos. La posición exterior estadounidense en la balanza de capitales es asimismo fuertemente deficitaria: de -12% del PIB norteamericano en 1997, pasa a -22% al final del año 2000. Además, hay que añadir que el conjunto de activos en manos de los extranjeros en Estados Unidos se eleva hoy a 97% del PIB norteamericano. En cuanto a los países de la Unión Europea, la evolución de la deuda pública manifiesta las mismas tendencias: para los 11 países de la "Eurolanda", la deuda pública de 60% del PIB en 1991, llega a 75 % en 2001. Por todos los lados de la economía mundial, las deudas continúan creciendo más rápido que los ingresos, éstas se acumulan y los ingresos se desaceleran. La situación es preocupante para el futuro inmediato, indica los límites en el crecimiento de los sistemas económicos actuales, la fragilidad de las economías y el sistema mundial y plantea el tema delicado de performance del modelo actual de mundialización.

Durante el periodo de funcionamiento "productivo" del sistema monetario mundial de Bretton-Woods (1944-1971), la prioridad fue otorgada a los aspectos comerciales y a la estabilización de los mercados, mientras que hoy se pone atención a los aspectos financieros y a la integración

financiera internacional. Mientras que en el pasado se fortalecían los ingresos, los mercados y la movilidad de las mercancías, en la actualidad se fija como objetivo prioritario la “corrección” de las distorsiones del periodo anterior mediante la descongestión en capital, de la desacumulación y la desvalorización del capital. Como lo ha señalado Larry Summers, el siglo XXI “avanza a toda máquina hacia atrás, retrocediendo hacia el pasado, en la medida que el paradigma económico se repliega hacia los modelos y a los estancamientos que habían marcado el periodo anterior a 1929”.

Durante los años posteriores a la guerra, el esquema de la evolución económica mundial fue particularmente simple, incluso simplista: el fortalecimiento permanente de los ingresos y de los mercados debía llevar tarde o temprano a la inflación y a las desreglamentaciones consecutivas. La intervención necesaria del Banco Central con el fin de controlar la inflación, llevó a la desaceleración de la actividad económica, al subfuncionamiento de la economía y a la explosión del desempleo. Por mucho tiempo la sociedad fue incapaz de mantener su equilibrio en condiciones cercanas al pleno empleo. Sin embargo, a lo largo de las dos últimas décadas, un esquema sobrepuesto ha sido instalado, no en el sentido del comercio de mercancías, sino de aquél del mercado de préstamos y de instrumentos financieros. Hoy, el mercado financiero está a punto de provocar una crisis económica gigantesca, infinitamente mucho más grave y peligrosa que la que habría podido suscitar el comercio de mercancías y, de todas formas, no menos importante que la de 1929, que había sido gestada y conducida a su madurez al interior del paradigma económico liberal prekeynesiano.

¿Cuál es el mecanismo de transmisión de la crisis bursátil y financiera sobre la economía real? El presidente estadounidense Herbert Hoover (1928-1932) trató la crisis bursátil de 1929 con medios “ortodoxos” y métodos perfectamente liberales. Por considerar que los “fundamentos” de la economía americana eran sanos, Hoover trató de “cortar” las relaciones entre el sistema financiero en decadencia y la economía real. Así pues, a pesar de la afirmación del excelente economista Irwin Fischer (1867-1947), según la cual la economía americana se encontraba ya en un “nivel de funcionamiento irreversible”, la contracción drástica de la liquidez por parte de las empresas ha finalmente llevado a la caída de la economía real, cuyos fundamentos permanecían, sin embargo, sanos.

En la fase actual, el “ciclo del crédito” ha sustituido al “ciclo de la mercancía”. Durante los primeros nueve meses del año 2001, cerca de 5 400 billones de dólares han desaparecido de la Bolsa de Nueva York; esta suma equivale a 60% del PIB estadounidense y a 75% del de la Unión Europea. El índice Nasdaq de valores tecnológicos y de las nuevas tecnologías ha perdido ya cerca del 70% de su valor. Ciertamente la caída bursátil no debe transformarse necesariamente en crisis económica; por otro lado, en 1929 esta relación no se dio tampoco. Siempre esta eventualidad es pensada como una consecuencia posible de una mala gestión del derumbe inicial. Sin embargo, en el contexto actual, la caída de la economía real ya no constituye una simple eventualidad, sino un hecho que se constata empíricamente cada día, puesto que el ritmo de crecimiento de la economía americana de 7% hace poco tiempo, es en la actualidad inferior a 1% con todo lo que esto implica en términos de desempleo. Esta situación sería imputable a las dificultades crecientes para asegurar el financiamiento exterior de la economía estadounidense. Una manifestación de esta dificultad es el mantenimiento de tasas de interés a largo plazo, en niveles superiores a 5%, sabiendo que la FED norteamericana se financia habitualmente por la emisión de bonos del Tesoro al extranjero de una duración de 30 años.

Durante mucho tiempo la política de integración prioritaria de los mercados financieros internacionales ha preconizado el control de la demanda interna y de los ingresos del trabajo. Así pues, en la actualidad, las empresas que han sobreinvertido, en particular en los sectores de la llamada “nueva economía”, se extrañan de que el ritmo desenfrenado de la capitalización no fuera seguido por el consumo, ni a nivel estadounidense ni mundial. En esta competencia, debido a la destrucción en cada uno de los países de su propia demanda interna, el mundo termina por encontrarse frente a una insuficiencia grave de la demanda, tanto interna como internacional. El modelo de la mundialización mediante la extraversion creciente de cada economía nacional, parece haber alcanzado hoy sus límites. Los hogares norteamericanos están asfixiados por una deuda que supera el 120% de sus ingresos anuales; su gasto es íntegramente financiado desde hace bastante a través de créditos bancarios. La capacidad

financiera de estos hogares se apoyó durante mucho tiempo sobre activos financieros del orden del 500% de su ingreso.

De manera que con la desaparición de dos tercios de sus activos bursátiles, se puede comprender fácilmente las repercusiones directas de este hecho sobre la contracción de los gastos de consumo estadounidense. Todo debilitamiento de las perspectivas futuras lleva irremediablemente a una contracción de los gastos del presente. Como lo señaló Charles Kindleberger, en caso de crisis financiera, los bancos comerciales y los otros organismos de crédito registran una baja de su capacidad de crédito hacia la economía y se ven en la obligación de multiplicar los controles, de seleccionar muy bien sus clientes y de racionalizar los créditos que se otorgan. En consecuencia, la crisis bursátil y financiera puede tener consecuencias particularmente dramáticas sobre el mercado de préstamos y sobre el financiamiento de la economía real, incluso si el gobierno decidiera compensar integralmente la contracción financiera.⁸ Como lo revela Summers, a pesar de la apertura y de la ampliación de mercados en nuestra época, la crisis financiera internacional iniciada en Asia y en Japón, al limitar fuertemente los medios de pago internacionales, afecta hoy a Estados Unidos y Europa. Entonces, sería más apropiado precisar que la transmisión de la crisis actual hacia las economías del centro no se efectúa “a pesar de la apertura de los mercados y de las desreglamentaciones”, sino más bien a causa de ellas. La mundialización y la liberalización han hecho posible su propia crisis.

En este contexto, marcado por la penuria relativa pero creciente de medios monetarios y financieros internacionales, las reducciones de impuestos sobre los ingresos propuestas por el presidente Bush, a pesar de ser importantes –1 300 billones de dólares– pueden no producir ningún efecto en la medida que estas reducciones no conciernen nada más que los ingresos de los diez próximos años, mientras que la necesidad de estimular la economía debe ser satisfecha en la actualidad. Según Paul Krugman, el anuncio de reducciones de impuestos que tiene lugar en realidad después de cinco años, ejerce hoy un efecto depresivo del gasto del presente, agravando la deflación actual. Por otro lado, hay que recordar que más de 80% de estas reducciones de impuestos conciernen a 2% de la población más

rica estadounidense. En consecuencia, la política de reducciones fiscales no tiene en la actualidad efecto sobre el deterioro del crecimiento actual: se hacen regalos fiscales a los que no consumen suficiente, pero que sobre todo ahorran, mientras que los ingresos inferiores que se gastan casi integralmente no se benefician casi nada de esta reforma fiscal.

Para afrontar la desestabilización económica actual, los Estados deberían reaccionar mediante el aumento de su gastos a fin de asegurar especialmente el empleo, cuya situación se agrava de manera espectacular y con el fin igualmente de combatir la deflación que comienza a manifestarse. Para un modelo de mundialización en dificultades, la respuesta más apropiada sería una creciente coordinación internacional. Sin embargo, como ya se ha constatado, una respuesta mundial no se divisa en el horizonte ni se inscribe como tema en la agenda futura de los responsables políticos y económicos. Al contrario, todo indica que si respuestas hubiese, ello podría darse en el desorden y en la dispersión. En la actualidad, Estados Unidos, evocando su propio agotamiento, arroja sobre sus socios europeos la tarea de estimular la economía mundial. Sin embargo, estos últimos, fieles a la "ortodoxia" financiera, lo rechazan obstinadamente y reenvían la bala a Estados Unidos, en nombre del principio sacrosanto de lucha permanente contra la inflación. Como se ha podido constatar, una vez más Europa se equivoca de guerra: se refugia tras una Línea Maginot para afrontar el riesgo de inflación, mientras que el verdadero peligro actual, y ahora más que nunca, no es la inflación sino lo inverso, la deflación.

Actualmente Estados Unidos, la mundialización y el mundo, reciben plenamente las consecuencias de la política que han aplicado a lo largo de los últimos 20 años. Como Joseph Schumpeter lo había muy bien constatado durante los años 1930, todos los actores han cumplido perfectamente su parte en el "trabajo de la recesión". La recesión actual, por grave que sea, no cae del cielo, no es un producto de extraterrestres, sino que resulta de las políticas y acciones llevadas a cabo durante el periodo previo: todo régimen económico prepara su propia crisis, el derrumbe y su superación. Jamás un régimen económico estuvo marcado por tal desfase entre las impulsiones y las ilusiones que producía, por un lado, y la fragilidad y la inadecuación de su base real, por el otro.

En la actualidad, un balance provisional de la mundialización se parecería fuertemente a una suerte de “fin de la utopía” del capital. Más allá de la contestación “antimundialista” que se desarrolla en el mundo, a lo largo del año 2001, varias contribuciones importantes han aparecido recientemente alrededor del mismo tema evocador: “el final de la mundialización”.⁹ Alan Rugman considera que hasta hoy la mundialización nunca ha tenido una base real; incluso ha debilitado y reducido lo poco de base real de que disponía desde el principio. El único comercio que se desarrolla realmente en nuestros días es el regional y el de proximidad. Más de 95% de la producción europea se vende internamente. El comercio permanece aún, y se confirma en grado creciente, como una actividad regional más que mundial. Parecidas son las conclusiones de Maurice Obstfeld y Keneth Rogoff, que ellos presentan bajo la forma de un *puzzle*.¹⁰

La economía norteamericana es hoy “extrañamente insular”, teniendo en cuenta su débil grado de apertura al comercio exterior. En lugar de la emergencia de un conjunto mundial, persisten segmentaciones significativas que diferencian las economías nacionales entre ellas, el modelo de la economía nacional continúa siendo dominante e incluso único en el seno del sistema mundial actual. De hecho, alrededor del *slogan* de la mundialización, ha habido sobre todo mucho discurso y gasto de tinta, pero sorprendentemente pocas realizaciones. A pesar de los discursos y de las cantidades de tinta gastadas, la realidad económica sigue su camino y la movilidad perfecta de capitales, en lugar de constituir una ventaja para la gestión mundialista, se presenta siempre como un inconveniente que dificulta la eficacia de las gestiones nacionales. Los autores citan los casos de países como Malasia o Chile que han logrado mejores resultados con el regreso a las reglamentaciones sobre las entradas y salidas de capitales, que con la desreglamentación integral.

En su reciente obra, Harold James de la Universidad de Princeton, anuncia también el final de la mundialización. Según este autor, este proceso habría alcanzado en la actualidad varios atolladeros. La naturaleza de éstos sería cultural, institucional y política pero se manifiesta igualmente como una inestabilidad creciente del régimen monetario bancario y financiero mundial. El modelo norteamericano no puede ya inspirar a los

pueblos y a los países del mundo, pero tampoco puede asegurar sus funciones hegemónicas y estabilizadoras en el seno del sistema mundial contemporáneo. Al contrario, ese modelo se convierte en una causa que acelera la descomposición del orden mundial establecido.

De hecho, el proyecto de la mundialización ha chocado profundamente a los pueblos y a sus civilizaciones, ha tratado de transformarlos a la imagen norteamericana y por fin, ha fracasado. Por otro lado, también ha fracasado porque ha menospreciado la implantación de instituciones adecuadas, verdaderamente mundializadas y multilaterales, y se ha limitado a otorgar plenos poderes a la sola gran superpotencia norteamericana, la que además no podía y no quería comprometerse en una política al servicio de la mundialización. El fracaso actual de la mundialización proviene esencialmente de la resistencia de los hombres, de los pueblos y de las naciones, ya que se aferran a su diversidad, pero también se debe a la incapacidad de la potencia hegemónica para asegurar un diálogo permanente y una síntesis entre las civilizaciones y las culturas diferentes.

Karl Polanyi ya reveló la relación profundamente antagónica entre la tasa de cambio monetaria fija, que facilita la inserción internacional de una economía, y el funcionamiento de la democracia.¹¹ El tipo de cambio fijo implica siempre consecuencias económicas, sociales y culturales graves que el sistema político democrático no puede soportar. Hoy, con los errores y los zigzagueos de la mundialización y de su obsesión monetaria, aprendemos que este antagonismo social profundo, aunque latente, alrededor del tipo de cambio, no es solamente un asunto económico, social, moral y político, sino que se convierte también en un asunto de civilización, puesto que puede implicar a todas las clases sociales.

Algunos cierran los ojos ante el espectáculo desolador de la economía mundial actual, para reafirmar la validez de los principios teóricos de la mundialización. Así como lo señala Paul Krugman, el sistema actual de mundialización es responsable de su propio camino hacia la depresión. "Sería deshonesto, precisa el economista de MIT y de Princeton, elogiar los méritos de un sistema precisamente cuando este sistema está en vías de derrumbarse".¹² De hecho, el sistema fundado sobre las desreglamentaciones y la individualización a ultranza de la actividad económica, ha

precipitado su propia caída. La recesión actual, antes de que apareciese, estaba ya inscrita dentro de las políticas aplicadas en nombre de la mundialización: culpabilizando sistemáticamente a los débiles y a las víctimas, por un lado, y protegiendo de manera excesiva a los ricos y poderosos de este mundo, por el otro, el sistema mundial ha terminado por contradecir toda teoría y experiencia económica, por destruir sus propios mecanismos estabilizadores, su cohesión económica y social de conjunto y por sufrir de hecho los frutos de sus propias aberraciones tanto teóricas como políticas.

Ciertamente se puede lamentar que a pesar de las antinomias han existido economistas de izquierda que han tomado en serio el discurso formal de la mundialización y sus promesas y que era necesario un economista académico *mainstream*, como Paul Krugman, para constatar las debilidades fundamentales a las que conducían rigurosamente las políticas económicas aplicadas a lo largo de las dos últimas décadas. Como lo admite el Banco de Pagos Internacionales,¹³ los elementos del sistema bancario y financiero mundial terminan, sin duda, por ser hoy más “sanos” sobre el plano “técnico”, pero el sistema financiero en su conjunto no puede funcionar sin las “ramificaciones” necesarias dentro de un contexto económico mundial que se derrumba. El derrumbe del sistema actual es el precio del saneamiento de sus elementos.

Robert Reich, ex ministro de Trabajo del presidente Clinton, constata el desarrollo sin precedentes de las desigualdades y su peso aplastante en nuestra época, concluye que “hoy los perdedores no tienen otra solución que la de amenazar con el bloqueo del comercio internacional”.¹⁴ Pero resulta que los perdedores no tienen nada que decidir, ninguna amenaza que proclamar: como no son solventes objetivamente, esto es suficiente para bloquear el sistema mundial, incluso sin que ellos decidan nada.

La “mundialización” cede hoy bajo el peso de los desastres que ella misma ha causado a través del mundo sobre el plano económico, social, político y cultural. Estos desastres no serían históricamente necesarios, si la mundialización tuviese una base real y objetivos realistas y precisos. De manera que la tendencia reciente, llamada “mundialización”, ha inútilmente cuestionado todo y en todos los planos, al mismo tiempo. Bajo el pretexto

de la desreglamentación ha suprimido los mecanismos estabilizadores preexistentes, sin construir otros en su reemplazo. Nunca las políticas económicas han suscitado tantos desequilibrios internos e internacionales, suprimiendo además los mecanismos estabilizadores y las redes de seguridad. En este sentido, esta etapa transitoria difícilmente podría calificarse de “fase” en la historia del capitalismo, sino que corresponde más bien a un periodo de “transición salvaje” hacia un nuevo régimen de acumulación cuyas características están aún por definir: un “ciclo” que conlleva desde su aparición, los gérmenes de su propio agotamiento.

En resumen, el estudio del ciclo reciente de la llamada “mundialización” permite extraer algunas conclusiones, en principio bastante elementales:

Contrariamente a las ideas dominantes, la mundialización no ha constituido ni un régimen de acumulación ni siquiera una fase cualquiera en la historia del capitalismo, pues no se han dado los mecanismos necesarios de su propia estabilidad. La mundialización ha constituido, simplemente, una etapa de transición salvaje hacia otra cosa, todavía no muy definida en la actualidad.

De manera contraria a las ideas que se han generalizado al respecto, su desarrollo e impulso fueron esencialmente ideológicos y su agotamiento actual marcaría la supremacía definitiva de la realidad económica y social sobre los discursos y las ideologías sin fundamento.

En contradicción con las ideas dominantes, las crisis económicas no han sido superadas en nuestra época, y menos aún en la época de la mundialización, sino que están siempre de actualidad.

A pesar del pretendido “mejor conocimiento” de la economía, las políticas de los gobiernos no sólo han sido incapaces de prevenir la crisis actual, sino que han hecho todo por precipitarla, empezando por el carácter pro cíclico de las políticas aplicadas, la exacerbación de toda clase de desigualdades y la supresión de los mecanismos de estabilización y las redes de seguridad.

Desde luego, hay que estar verdaderamente “embrutecido” por las afirmaciones gratuitas y vacías de todo contenido del marxismo de los años 1930, para no reconocer hoy los síntomas de la nueva crisis del capital y del capitalismo. Desde luego que todavía, la noción de crisis capitalista

no cuestiona necesariamente la capacidad de supervivencia y de redesplicue del sistema capitalista: una etapa puede dejar su espacio a otra, pero ¿con cuántos “costos” económicos, sociales culturales y humanos? En la actualidad, puesto que la mundialización ha constituido la forma del capitalismo de nuestra época, sería completamente lógico pensar que el capital pague los gastos del fracaso de sus formas. Pero, desde luego, estos costos terminan siempre por ser cargados sobre las espaldas de los más débiles, quienes, por otro lado y como siempre, no han ganado nada de la burbuja de la mundialización y naturalmente no son en modo alguno responsables de su crisis actual.

Sin embargo, otras modalidades, quizá con más o menos gloria –lo que esta por verse– pueden ocurrir en la historia del presente, siguiendo la dinámica y la inventiva del capital, por un lado, pero también de acuerdo a la integración o la adhesión de los pueblos, por otro lado. Los ciclos se suceden.

NOTAS

¹ Sobre las inconsistencias de la teoría contemporánea de la mundialización, cfr. Justin Roenberg, *The Follies of Globalization Theory*, Verso 2001.

² Cfr. Dany, Rodrik, “Whose Trade”, in *The Nation*, 6 de diciembre 1999.

³ Entrevista a Larry Summers, *Le Monde*, 21 de marzo de 2001.

⁴ Cfr. Paul Krugman, *The Return of Depression Economics*, Norton, New York, 1999.

⁵ Cfr. *World Investment Report*, UNCTAD/ONU, 2000.

⁶ Cfr. “Capital Flows Monitor”, *Financial Markets Center*, 14 de septiembre 2001.

⁷ Cfr. Angus Maddison, *The World Economy. A Millennial Perspective*, OECD, 2001.

⁸ Cfr. Charles Kindleberger, “La grande crise mondiale, 1929-1939”, *Economica*, 1998.

⁹ Cfr. Harold James, *The End of globalization. Lessons from the reat Depresssion*, Harvard University Press, 2001. Cfr. también Alan Rugman, *The End of Globalization*, 2001; y Saskia Sassen, *Globalization*, London, 2001.

¹⁰ Cfr. Maurice Obstfeld y Kenet Rogoff, *Six Major Puzzles in International Macroeconomics*, NBER, Research Working Paper, julio 2000.

¹¹ Karl Polanyi, *La grande transformation*, (1944), Gallimard 1983.

¹² Cfr. Paul Krugman, *The Return of Depression Economics*, *op. cit.*

¹³ Cfr. Bri, *Rapport Annuel*, Bale, junio 2001.

¹⁴ Cfr. Robert Reich, "Whose Trade", in *The Nation*, 6 diciembre 1999.